



tamoanchán



lunes 10 de febrero

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL

Carleton Beals en Tepoztlán, Milpa Alta y Amecameca

Miguel Morayta Ricardo Melgar
Centro INAH Morelos

Algunos intelectuales norteamericanos han dejado un rico material narrativo, demográfico y testimonial, sobre los espacios morelenses contemporáneos que todavía no hemos acabado de rescatar y discutir.

Es el caso del escritor y periodista Carleton Beals, quien pasó quince años de su existencia en nuestro país, según da cuenta la nota de presentación editorial de su libro *Panorama Mexicano* (1).

Nacido en 1893 en Medicine Lodge, Kansas (2). Se ignora la fecha de su deceso. Graduado en Artes en California en 1916, migra a México dos años más tarde. En la Ciudad de México se relaciona con los «slakers» e incursiona en el periodismo nacional, siguiendo críticamente la escena política norteamericana. Colabora con Robert Haberman en la realización de reportajes políticos pero poco después rompe con él, debido a que intentó suprimirle un párrafo crítico dedicado a Luis N. Morones.

Beals puede ser considerado como un demócrata radical, aunque transita por las filas del socialismo y comunismo mexicanos entre 1918 y 1930. En 1921 viaja a Italia como enviado especial de prensa en pleno ascenso del fascismo musoliniano *mexicano*. En 1923 retorna a México, sale nuevamente en 1924 y reingresa a territorio mexicano en 1925, donde permanece hasta 1928. Carleton es el primer corresponsal extranjero que logra hacerle un exitoso reportaje al general Sandino. Beals al lado de Frank Tannenbaum (1893) y Waldo Frank (1889-1967) constituyen una trilogía de ensayistas norteamericanos fuertemente comprendidos con la cultura latinoamericana y sus cauces democráticos.

A ellos se debe la primera armazón de la latinoamericanística, como un saber sobre la otredad, la nuestra, Beals particularmente destaca por la militancia antifascista y antiautoritaria, aunque su orientación política en los años cuarenta se torna proclive al controrotidido ideario interamericano. La razón autoritaria para Beals se viste de muchos rostros, añejos y despóticos como el de Díaz, modernos y represivos como las totalitarismos internacionales y criollo-mestizos.

Carleton en su libro sobre México, al mismo tiempo que reivindica los perfiles de Zapata y de Carrillo Puerto, agudiza su crítica contra los generalotes del ejército federal de los años veinte, por formar parte visible de la nueva fauna



Diego Rivera

caciquil y autoritaria.

Son cinco las obras de Beals editadas en los años cuarenta por Zig Zag en Chile: *Panorama Mexicano*, *Fuego sobre los Andes*, *El oro de los bananos*, *América ante América*. La próxima lucha por Latinoamérica. Pero de todas ellas, destaca su texto *Panorama Mexicano* (1930), acaso porque cruza su mirada y sus vivencias frente al universo cultural y político de nuestro país. Las carpas y el teatro callejero, al igual que las caricaturas y murales cobran forma de capítulos, sin menoscabo de sus registros sobre la conflictuada vida indígena, campesina y obrera.

Otros temas de alta densidad política internacional como el petróleo, la política exterior y las relaciones estadogiglesias, aparecen en su construcción panorámica mexicana. Cada capítulo es un relato autónomo, pero todos ellos están unidos por el arco temporal del registro, pero sobretodo por el campo de representaciones de un joven escritor norteamericano, suscitados por la otredad mexicana.

El libro en referencia, recoge las impresiones y notas de viaje de Carleton entre 1918 y 1930, pero su tardía y lejana edición es poco conocida en México. El texto posee un atributo adicional:

la carátula y las viñetas interiores de claros mensajes zapatistas, pertenecen a su amigo Diego Rivera. Hemos rescatado el texto de Tepoztlán por su valor y oportunidad. La conflictuada comunidad morelense por la sin razón de las fuerzas ciegas del mercado y de los precarios poderes, demanda un ensanchamiento de su memoria histórico-cultural.

Sin embargo no debemos olvidar que la crónica de Beals sobre Tepoztlán retrata en otro tiempo la cotidianidad la vida pueblerina, pero también revela los límites de la mirada de Beals.

Fuera del capítulo dedicado a Tepoztlán, Carleton Beals hace una alusión al papel desempeñado por una curandera de Santiago Tepetlapa en la conjunción ritual de la peregrinación al Tepozteco: En Tepoztlán, me tocó presenciar una procesión religiosa, acompañada de tambores de la antigua forma teponaxtle, realizada según los consejos de una curandera, doña Rosa, de la vecina Ciudad de Santiago.

La procesión llegó hasta la pirámide prehistórica, para suplicar al antiguo dios Tepoztecatl que hiciera llover. La lluvia sobrevino, prueba suficiente de la eficacia del sistema.

(1) Solapa de *Panorama Mexicano* (Mexican Maze). Empresa Editora Zig Zag, Santiago de Chile, 1942.

(2) *Enciclopedia de México*, de México, 1987. Tomo II, p.911.

(3) «Carleton Beals». Nota biográfica de Paco Ignacio Taibo II en *Bcjan-do la Frontera*. Ediciones Løega/J.Lcar. México, 1985, p.136.

*Nombre con el que se designa a los pacifistas norteamericanos que se rehusaron a participar en la I Guerra Mundial, refugiándose en México.

Existen varias obras sobre diferentes aspectos de Tepoztlán escritas por autores que estuvieron en esta comunidad cerca de los años en que Beals la visitó. Robert Redfield, Pablo González Casanova y Miguel Salinas entre otros sumaron sus escritos con los que se ha podido ir reconstruyendo como fue la vida de los pueblos del Estado de Morelos durante las décadas inmediatas al final de la Revolución de 1910.

Entre cascada y cascada de adjeti-

Carleton Beals en Tepoztlán, Milpa Alta y Amecameca. . .

Viene de la página once. . .

vos, imágenes y metáforas, el texto de Beals describe una serie de elementos muy interesantes. El autor visita Tepoztlán cuando aún no se construyen las carreteras y el tren construido a fines del siglo pasado, era el medio más moderno e importante del transporte, tampoco se puede disociar el papel del ferrocarril del curso de la revolución Mexicana.

De sus observaciones y entrevistas, Beals nos muestra una presencia primordial del Tepozteco como leyenda, como presencia en el imaginario colectivo, como ritual, como historia antigua e historia colonial, como reencarnación y como elemento de identidad. Es interesante que Beals haya encontrado esta presencia tan intensa del Tepozteco y que precisamente en la admirable defensa que una buena parte de los tepoztecas hicieron de su territorio, su vida y destino como pueblo y su dignidad en los años noventa, el Tepozteco fue un elemento de identidad que dió gran impulso a la lucha.

Beals menciona el estado ruinoso y abandonado de las iglesias barriales, consecuencia de las confrontaciones militares para también de las confrontaciones ideológicas. Dentro de esto resulta importante el testimonio que recoge de un simpatizante de Porfirio Díaz, Don Vicente. No es común encontrar en la literatura testimonios de los simpatizantes de los enemigos del zapatismo que fueron muchos en el Norte del Estado de Morelos. La presencia de bolcheviques locales, el uso de teponaxtles, los ídolos en los altares de la iglesia, la biblioteca (antes de la presencia de un hotel o de un restaurant), los símbolos prehispánicos del cementerio, son toda parte del Tepoztlán de los años veinte que nos describe Beals.

El testimonio que el visitante norteamericano recoge de un anciano que se lamenta lo que la Revolución haya cambiado; Lo «champurrado» que se estaba volviendo la lengua, y la pérdida de las antiguas leyendas entre otras cosas confirman el proceso del que otros autores han señalado sobre la transformación cultural que los años post revolucionarios trajeron al Estado.

De la brevedad del texto, se puede suponer que la visita de Beals no fue muy prolongada. De hecho, el trabajo de Redfield es mucho más completo, pero la sensibilidad del primero como periodista en asuntos latinoamericanos y como un hombre con una posición antifascista y antitotalitaria le permita captar destellos del alma de la comunidad de Tepoztlán. «... Tepoztlán no es solamente otra ciudad. Es una provincia con un alma bien templada, con un pasado forjado al rojo moldeado con heróica belleza... un pueblo orgulloso, valiente y amante de la naturaleza.»

Los capítulos que se refieren a Amecameca, Edo. de México y a Milpa Alta, serán transcritos en este Suplemento Tamoanchán. En estos apartados se encuentran varios datos y testimonios que contiene información referente a Morelos, sobre todo porque estas comunidades han mantenido una profunda relación sobretodo con los pueblos morelenses de la parte Norte. Leer a Beals nos permitirá descubrir muchos actores y miradores de otro tiempo, incluyendo claro está, el de la aguda y fina sensibilidad

de este latinoamericanista norteamericano.

• TEPOZTLÁN: VIDA Y LEYENDA DE UN PUEBLO

Me dirigía a caballo desde la estación ferroviaria de El Parque, a través de una alta montaña que domina el majestuoso panorama del Estado mexicano de Morelos. Después de algunas millas, el sendero principió a bajar vertiginosamente por una garganta de la roca, entre bosques de pinos, hasta la ciudad de Tepoztlán, situada como una fortaleza en un circuito de altas rocas, sobre terrenos de sedimento. Aunque acababa de descender varios miles de pies, la ciudad parecía enclavada en la cima del mundo, pues miraba sobre cabezas de volcanes la vaga silueta de la ciudad de Cuautla y los amplios valles del río Yucatepec. Muy lejos, a través de la atmósfera caldeada que oprime el llano, el Estado de Morelos se prolongaba hasta los de Michoacán y Guerrero, y ambos llegaban hasta el Pacífico. Tepoztlán, la señora de este imperio bárbaro, está sentada en un trono de basalto, envuelta en la púrpura real y el oro de sus cumbres bravías y en el verde de su exuberante vegetación.

Al día siguiente, antes del alba, súbi los peñales rotos y musgosos de la catedral, uno de los siete templos de la ciudad, y hasta los macizos bastiones de esta sólida estructura, que se levanta soberbia sobre la plaza y toda la ciudad. Contemplé las sombras de las montañas lejanas, ribeteadas por el oro el amanecer. Una neblina trepaba por el valle, envolviéndose en mantos de plata. A medida que la luz se filtraba por entre la bruma hasta el pueblo de Cuautla, a medida que la púrpura se desvanecía en azul, rosa y amatista, la niebla se esfumaba milagrosamente, dejando en sus vacíos diáfanos abismos y telarañas de plata enredadas en los árboles "mangos y chinampas" amontonados junto a las casas de adobes. Las montañas eran aún grandes moles obscuras. Albas nubes se rompían sobre los picachos. De pronto el mundo se iluminó: un inquieto temblor pálido, lírico ante la proximidad del día. El sol saltó sobre la cumbre, cálido y enorme, derramando un insuperable resplandor sobre el valle y los cerros. La montaña situada a la espalda de Tepoztlán, alta y aguda, reflejaba en sus aristas de cristal y en sus vetas de piedra una llama vivísima. Palpitaba en la luz el templo que en una explanada de roca se levantó hace muchos siglos a Tepozteco, el dios tutelar de la ciudad. Los ciclópeos farallones de las montañas se erizaban con mil matices errantes y cambiantes. La mañana era una sifonia luminosa.

El techo de la catedral se calentaba insoportablemente. Abajo, en las calles curvas y sombrías, en los jardines frondosos en la plaza soñolienta y pastosa, está fresco aún. Me tiendo de espaldas en la grama de la plaza, entre dientes de león, mirando el azul del cielo. Las horas van pasando como un canto. A las diez ya la bruma se ha levantado y envuelve las cumbres como turbantes hindúes. De pronto los vapores principian a bajar. Los flancos bronceados de los precipicios se cubren de blancas túnicas. Los picachos que brillaban hace

un momento desaparecen.

La bruma baja de súbito, envuelve a la ciudad y se precipita la lluvia. No es un chubasco violento, sino una lluvia fina, ambarina, con la claridad del sol oculto. Los velos sutiles del agua relumbra. La lluvia es una melodía brillante y triste, que parece, que parece fluctuar entre risas y lágrimas.

La lluvia ha pasado, la niebla se ha deshecho. El sol me golpea con furor. Tepoztlán se expande y evapora, la tierra húmeda, exhalando deigadas espirales de blanca humedad. El negro suelo se esponja a los rayos del sol: Las cosas surgen a la luz saliendo de un nebuloso caos. El maíz crece algunas pulgadas, los mangos se doran en la luz y caen, el bambú y los cañaverales sacuden sus gotas y los zarcillos del chayote se enredan anhelosos a las paredes y las ramas.

En la tarde espesas nubes avanzan desde el horizonte en fantástica confusión. Sombras purpúreas caen sobre el Tepoztlán, monstruo de hipertrofiados músculos. Gradualmente las nubes se expanden como espumas sobre un mar sereno, después tapan todo el cielo sus mantos grises. Un viento vivo mece los árboles. Las rocas suenan como campanas. En la oración el agua viene, la lluvia está sobre Tepoztlán nuevamente. Esta vez se han abierto las compuertas del cielo y el agua cae a torrentes. Me refugio bajo las arcadas cavernosas de la catedral, mirando sobre el cementerio que la circunda, las montañas golpeadas por el temporal. Danzas que perforan la sombra de la noche. El combate se extiende. Grandes llamas se abren en el horizonte. Los truenos caen en aludes sobre la plaza. Los altos contrafuertes de la montaña parecen los parapetos del malfélico Tepozteco, el que se ha atrincherado en su santuario de piedra de El Cerro, y de allí bombardea a la ciudad con relámpagos y afán nadas de truenos, con grandes fondos de agua hirviendo, en un impulso satánico y destructor, como queriendo acabar con su gente. La tormenta inunda la plaza, el cementerio de la catedral, y parece que va a llevarse las casas.

Pero el indio enhiesto y taciturno, envuelto en su rojo y sagrado sarape, oculto bajo su ancho sombrero, está quieto bajo las ramadas de paja; imperturbable, resignado, noble. El sabe que esta furia destructora es sólo ilusión, teatro. Que en otras edades el gran dios Tepozteco levantó estas murallas de granito para proteger a su pueblo. Las falanges de piedra alzada por Tepozteco, en su cerrada disposición de fortaleza, interponen escudos invulnerables a los rayos y los truenos. Sus águilas están rasgando las nubes de la tormenta. Tepozteco está ahí, combatiendo por la ciudad y salvándola. Los indios saben que estas cavernas sonoras han hecho a Tepoztlán, la han protegido, y han hecho ba-

jar del cielo turquesa estas tormentas que hacen del alto valle amurallado un eterno Edén.

Tepoztlán desdeña a los forasteros. No hay hotel, restaurante ni doctor; mientras cualquier otro pueblo de otra dimensión en México los tendría. Tepoztlán se conforma con los venerables usos de los antepasados, el mosmajorun de los latinos. La gente se adhiere a sus curanderos y a sus antiguos dioses. Ellos entrelazan los instantes más insignificantes de su vida con leyendas locales henchidas de color y poesía. Tepoztlán es una Florencia mexicana. Ella es un ejemplo de las unidades clásicas. Vive de las tradiciones de la ciudad-estado. Aristóteles no se habría sentido mal aquí.

La gente de Tepoztlán, de la raza náhuatl, primos de los intrépidos aztecas, pretenden ser una raza de príncipes, descendientes de los dioses. No quieren admitir que sus vidas sean el resultado de antecedentes y fuerzas históricas ajenas a su propia voluntad. Pero su turbulenta historia está deshaciendo sus ilusiones. El pasado, bien que cuenta con sus glorias, ha dejado sus cicatrices en Tepoztlán. En los días en que el orgullo Tepozteco instaló su santuario en la rocosa ceja del cerro, pulido por el viento, Tepoztlán, que era la poderosa señora de muchas otras ciudades, tuvo que batir a un enemigo tras otro. Sufrió guerras, plagas y exterminios. El presente no es más benigno. En estos años sus contrafuertes de piedra han sido el escenario de muchas escenas trágicas de la revelación, que ha librado allí sangrientas batallas. También el progreso le ha hecho sus prosaicas embestidas, removiendo su atmósfera de tradicionales leyendas. El parentesco y la protección de los dioses no han librado a Tepoztlán de la dura prueba de las contingencias.

Las siete iglesias, otros tantos símbolos de la conquista española, son liagas en su semblante indio. Ellas desentonan en el panorama del valle y rompen la armonía de las rocas, los prados y los árboles. Si no fuera por las iglesias, un forastero pasaría por los caminos de la montaña sin saber que aquí hay un pueblo. Los techos bajos de las casas están humildemente escondidos en el fondo del valle. Las esbeltas palmeras, las anchas hojas de los plátanos, los viñedos frondosos guardadores de dulces mieles. Los retorcidos chirimoyos y nogales, ponen una verde alfombra sobre la ciudad. Pero los viejos templos españoles, grises, agrietados, sombríos, levantan sus campanarios sobre el verde manto vegetal. Aun la catedral, vista desde una cumbre lejana, parece una herida abierta en el follaje por el azote de un relámpago, no obstante sus majestuosas proporciones. Desde cerca parece un monstruo animal que repliega su lomo erizado de torres protuberantes, listo para saltar sobre la ciudad, petrifica-

tamoanchán número 15

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Es un suplemento semanal editado por



Cualquier información, sugerencia o publicidad dentro de este suplemento, favor de dirigirse a nuestras instalaciones en la Avenida Palmas #111 Fraccionamiento Bella Vista, c.p. 62170, en Cuernavaca, o al teléfono (73) 13-28-93

do en impotente rigidez.

Estas siete iglesias están desiertas ahora. Antaño prometieron traer una religión, un arte, una exaltación, pero no asimilaron la vida lugareña. Ahora son coquedades vacías en la montaña. Tepoztlán parece eterna, dispuesta a vivir para siempre, pero las viejas Iglesias españolas se derrumban. Sus interiores están hollinados y desconchados por veinte años de revolución. Las paredes se agrietan y se cubren de musgos y lagartijas. Los murciélagos anidan en las capillas, los escorpiones se multiplican en las rendijas húmedas. Las iglesias españolas son heridas abiertas.

Caminando por las calles profundas y tortuosas, junto a muros de piedra sombreados por árboles centenarios, encontrará algunas mutilaciones más recientes. Casas derruidas, desvencijadas, desplomadas. La fronda piadosa de las vides, calabazas y chayotes ocultaba estas ruinas. Aun que cuesta creerlo, lo cierto es que Tepoztlán, esta ciudad pacífica, contenida, industriosa, fue el motor de la revelación, y sus golpes y contragolpes, sus guerras y guerrillas, por poco acaban con la buena ciudad y sus habitantes. Aquí el indianismo se resolvió de pronto, como una borra mal asentada, y lanzó sus hirvientes fangos al porfirismo, al industrialismo, a toda la nación gobernada por mestizos de que forma parte físicamente. Aquí los zapatistas se alzaron y se defendieron entre las montañas, en sus ágiles caballos de cerro, al viento sus enormes sombreros, y a los gritos de libertad cayeron como alud sobre Cuernavaca, Cuautla, Yau-tepec. Y a su vez los federalistas, con sus uniformes caquis, arrasaron a Tepoztlán. Durante el gobierno de Carranza, el terror azotó a Tepoztlán. Se sacaba de sus lechos a los hombres para asesinarlos. Se quemaban las casas como cajas de cartón. Se alojaba a los caballos en las iglesias. Los cañones hacían eco a los truenos de la montaña y los aeroplanos asustaban a las águilas de Náhuatl y a los hijos de los dioses de Náhuatl.

Hay otras lacras más recientes en la fisonomía de Tepoztlán.

Algunos los llaman signos de progreso. Pero este progreso parece muy ajeno, muy extraño a la verdadera existencia de esta ciudad tan orgullosamente indiferente. Hay una blanqueada Biblioteca Pública, que brilla en una verde mancha de mangos, exhibiendo en sus pintadas vidrieras Los Diálogos, de Platón; Don Quijote, y Las Preciosas Rinculadas, de Moliere. Y cerca de la plaza ha surgido una techumbre galvanizada, y alambres con púas en el parque y cerveza embotellada en las cantinas. Y de vez en cuando pasa un indio con pantalón y paletó de paño y zapatos estaquillados y crujidores, en lugar de su cómodo pijama y sus sandalias o huacachas. Los enamorados olvidan las antiguas canciones indias y cantan nuevos aires populares:

Si Carranza se casa con Villa,
y Zapata con general Obregón,
si Adelita se casa conmigo,
pos se acaba la revelación...

Hay hasta bolcheviques. Hacen sus desfiles y ondean banderas rojas y gritan los nombres de Lenin y Trotsky y «Libertad y Muerte». Creen que la libertad es algo que se puede llevar a casa en un paquete cualquiera. Mi amigo don Vicente, que cuenta ochenta años, se ríe de ellos y los llama chivos. Es un porfiado porfirista, un amante de los buenos tiempos de Díaz. Pero don

Vicente ha sabido lo que son las re-



voluciones. Dos veces se vio adosado a un muro, ante un piquete de tiradores, por renegar del zapatismo, y una por no jurar por Carranza. Su casa fue incendiada y dos de sus hijos asesinados. Sin embargo, ha tenido humor y coraje para sobrevivir a todo eso y seguir sembrando sus plantíos...

El más joven de los hijos de don Vicente, Wenceslao, un muchacho de dieciocho años, y yo, arrendamos caballos y fuimos a Yau-tepec. Galopamos cuesta abajo en un mar de niebla, cruzamos un río bajo un copioso chaparrón, visitamos una hacienda donde una maquinaria para refinar azúcar que vale setenta mil pesos, se enmohece al sol, después volvimos lentamente bajo el calor del medio día. En las afueras de Tepoztlán amarramos los caballos ante una ramada "jacal" de adobes, donde un indio arrugado fumaba una pipa de bambú sentado al umbral de su rancho. A su amistoso «buenos días», yo contesté en náhuatl: «Tehuantin n'apizmiqui» (tenemos hambre).

La gentil respuesta fue: «Axcan quena» (a esta hora es natural). Es hora de almorzar. Entren y vean mi hermoso jardín y yo les daré algunas flores y ciruelas... y después almorzaremos.

Yo pregunté por cosas mexicanas, cosas nativas. ¿Quién puede contarme cuentos y leyendas en lengua náhuatl?

El viejo movió su cabeza tristemente: Los viejos que sabían esas cosas se han muerto. Aun nuestra lengua, después de la revolución, se ha puesto muy chapurrada. Estos han sido tiempos muy duros. Los rebeldes quemaron mi casa y mis provisiones. Estuve escondido en Hidalgo siete largos años. Ahora estoy de vuelta, pero las cosas han cambiado. Los jóvenes se han alistado en la revelación. Nuestras familias se han dispersado, como las semillas de mostaza. Nosotros queremos a nuestro Tepoztlán y estamos afligidos, porque ya los buenos tiempos pasaron.

Pero el viejo indio está equivocado. El pasado revive. Su belleza rompe constantemente la corteza nueva. El sonido de las aguas corrientes, el cencerro de los ganados, el olor de las tortillas en la montaña, el rumor de las blandas sandalias en las piedras, la sombra solemne de las montañas en el atardecer, estas cosas no cambian y están en la sangre del pueblo, son parte de una vida delicada sensible y secular. Algo en el pueblo, las tradiciones, el conjunto del hombre y el ambiente, está reintegrando la vida comunal en su antigua unidad. En otras partes de México la lengua española, la Iglesia, la legislación romano-española unifica al pueblo. Pero aquí los elementos indios prestan coherencia; aquí esta hoya de montañas impone la unidad. Ahora que las heridas de la conquista y la revelación se están curando, las innovaciones de

afuera, el progreso mecánico y la movilización a petróleo, tienen que ser tejidos gradualmente y con arte en la vieja trama de la vida autóctona, la que es armoniosa y clásica, como los tapices o mullos que las mujeres tejen hábilmente con sus manos bronceadas y diestras.

La vida de antaño se introduce en el lenguaje de hoy. Si la lengua india está chapurrada, también lo está la española: las dos están en el crisol de mezcla, esperando el momento de formar la aleación definitiva de un idioma nuevo, que habrá de nacer no solo en Tepoztlán, sino en todo México. Y las viejas creencias se infiltran en el cristianismo. Una tosca cruz en el cementerio de la catedral, el que los zapatistas profanaron rudamente en busca de oro escondido, tiene en las puntas de sus brazos unas cabezas de perro burdamente esculpidas. El can pagano ladra en las noches a los espíritus de los muertos del camposanto. Otra cruz lleva el alto relieve del dios Náhuatl de la muerte, ceñido entre las palmas cristianas. En la fachada del cementerio hay esculpidos algunos símbolos aztecas: el sol, las estrellas, flechas relampagueantes. La virgen está sobre la luna, no en la piadosa forma medieval, sino en el estilo azteca de las antiguas diosas.

El dibujo cúbico de las alas de los ángeles recuerda los pájaros que acompañaban al dios tolteca Quetzalcoatl, de rostro blanco.

El cura, un hombre simpático y estudioso, que piensa más en su anciana madre de ochenta y cinco años, que vive en Ciudad de México, que en su parroquia, inclina su cabeza con pena sobre su breviario:

Detrás de todos los altares encuentro los ídolos indios. ¿Qué puedo hacer? Si los saco se acaban las ofrendas, el pueblo se ahuyenta. Mientras estaba hace poco en Ciudad de México, doña Rosa, una anciana de la ciudad de Santiago, soñó que Tepozteco había regresado a su viejo santuario de El Cerro. Los vecinos hicieron una peregrinación. Por cierto que no lo encontraron.

Entonces un muchacho blanco, una especie de Niño de Velázquez, al que le tienen mucho respeto y al que llaman supersticiosamente El Tepozteco, dijo que el dios estaba en unas rocas de las montañas, al otro lado del valle. Hicieron entonces otra peregrinación, sin resultado, pero la fe no amengua. Como usted ve, aquí también tenemos nuestra historia de Moisés y el becerro de oro. Tal vez con el tiempo esto cambie...

Pero el cura habla tristemente, porque su catedral cuenta ya cuatrocientos años, y sigue vacía, olvidada, en ruinas. Las tumbas violadas en busca de entierros, los huesos blanqueando en el suelo. Apenas unos pocos fieles pasan bajo el atrio.

My amigo indio, el viejo don Vicente, me contó la historia de la peregrinación de Tepozteco a su manera. Los aldeanos fueron en gran muchedumbre al santuario, batiendo sus tambores, tepalcates, y cantando himnos sagrados. Habían ido a pedir un lluvia...

¿Y llovió?

Sí, al tercer día. Una gran tempestad que hizo resonar la roca de Tepozteco, el que se reía feliz.

Después, lanzándome una furtiva mirada desconfiada, me agregó rápidamente: Tepozteco nos ordenó comprar un nuevo traje bordado de oro para la Virgen, en reemplazo del que los bandidos le robaron en la revolución.

En seguida se fue murmurando algo sobre «Criste nuestro Rey».

Otro día me habló del fabuloso tesoro de Tepozteco, enterrado bajo el templo. Frunció su negras y espesas cejas, ocultando la penetrante mirada, se inclinó hacia mí, y apuntando al suelo con el índice, dijo: Allí hay zafiros, esmeraldas y rubíes y monedas de oro batido y cadenas de plata. Pero nadie puede tocarlos. El Espíritu de Tepozteco los guarda celosamente.

Sólo cuando subí al santuario de Tepozteco en compañía del joven Wenceslao conocí toda la historia del dios que salvó a su pueblo de los enemigos. La cueva de roca en que está el santuario parecía una boca pronta a cerrarse y aprisionarnos a nosotros con el tesoro de Tepozteco, como en un cuento de Las Mil y una Noches. Un guacamayo verde y oro nos gritó desde un sapote. Las paredes de la roca estaban agrietadas y cubiertas de musgos, líquenes y plantas aéreas. Los árboles a la entrada estaban tatusados de hongos escarlata. Los frutos del café brillaban como rubíes. Al frente del santuario se alzaban los tres monolitos de roca, los guardianes de Tepozteco, como gigantes sosteniendo al cielo puro. Al centro se veía la gran roca lisa como una pirra que el dios usaba para moer su maíz. Los restos de su maza estaban dispersos por el suelo, pedazos de un bloque de piedra que reclamaban fuerzas ciclópicas para su remoción. Coronándose todo, solitario en la cumbre, se erguía el templo piramidal, tallado en granito. Y me imaginé los tiempos en que los indios subían en oscura columna, cargando bloques de piedra, para erigir el templo a su dios protector.

Emocionado ante el altar de sus antepasados, Wenceslao me narró la historia de dios y su templo:

Tepozteco nació de una virgen. Su padre era el vagabundo dios del viento. La madre no pudiendo refener al inconstante esposo, avergonzada del niño sin padre, lo dejó al pie de un maguay para que lo devoraran los anima-

les salvajes, al pie de un maguey lo dejó abandonado (la mano de Wenceslao simula el abandono del niño, mientras repite sus frases al uso náhuatl). Después ella dejó a Tepozteco sobre una cueva de hormigas, pero las hormigas lo taparon y alimentaron.

Al fin ella lo arrojó al río. Tepozteco se convirtió en un hermoso pez azul. Un viejo pescador le sacó en su anzuelo y Tepozteco se convirtió nuevamente en una guagua. El pescador lo adoptó (Wenceslao se detuvo para liar un cigarrillo de hoja de maíz y siguió contando cómo en aquellos tiempos los dioses se comían a los hombres viejos). Llegó el día en que el protector de Tepozteco fue reclamado para la olla. El viejo se arrancaba los pelos, desesperado. Tepozteco, que era ya un muchacho, pidió ir en lugar del anciano. Fue concluido arriba, por los abruptos senderos de la montaña, hasta la morada del dios devorador de hombres. Aquél se irritó cuando vio al joven y lo echó a una caldera hirviente. Tres veces el dios levantó la tapa para servirse a Tepozteco, y tres veces sopló el vapor y la volvió a tapar. La primera vez vio una cabeza feroz de tigre; la segunda, una serpiente silbadora; la tercera, al mismo Tepozteco que sonreía tranquilo. Los dioses son impacientes. Ordenó a Tepozteco hundirse en el agua y se lo bebió de un trago. Pero el muchacho halló que el estómago divino era un hoyo negro y blanco. Con una espada de obsidiana, se abrió camino a la libertad.

«Fue perseguido a través de muchos valles. Cerca de Cuernavaca, el muchacho arrojó un espejo y se convirtió en un lago que tapó el paso a sus perseguidores. Ahí está el lago aún. Después dejó caer su escobilla y se hizo un gran bosque que ocultó su fuga.

Más allá botó su peine y se alzaron ambarinas y erizadas montañas, las mismas que contemplan a Tepozteco siglo tras siglo, las mismas en las cuales permanecemos ahora.»

Y en verdad que estas cumbres agudas que rasgan las nubes y precipitan las lluvias, que abren tajos negros en el velo azul del día, son los dientes petrificados de un peine gigante.

Wenceslao se acariacó el mentón. Tendió la mirada por el enorme vaso de rocas, y continuó: Hace miles de años que Tepozteco levantó su templo aquí, desde donde vigila a su ciudad dormida en el valle de abajo. Su dirección hizo a la ciudad conquistadora.

Un día llegaron los enemigos de siete ciudades, galopando y galopando. Los cascos de los caballos sonaban como truenos en las rocas. Ellos golpearon las sólidas columnas de piedras y gritaron: «Polvo eres y en polvo y barro te convertiremos». Tepozteco replicó altanero al desafío y lanzó sus rayos a los enemigos, los que se dispersaron despavoridos.

Morosamente dirijimos adiós a Tepozteco y a su templo y bajamos a Tepoztlán. Esa noche el cerro era un fanal. Una vez al año los súbditos encienden fogatas en la cima de la montaña, en honor del dios desaparecido, pero fuerte aún, el que un día volverá en persona a restaurar a su pueblo despojado.

El sábado en la noche pude presentar la prolija fiesta en honor del dios. En la plaza, bajo las ramadas, entre las velas y los vendedores de fruta y los puestos al aire libre de carne, entre los indios silenciosos, esperamos que sobreviniera la tempestad vespertina y que empezara la fiesta. A nuestro alrededor los relámpagos brillaban, y las siluetas de las montañas salían de la obscuridad, siniestramente iluminadas. Después, la obscuridad y la lluvia y el resplandor de una antorcha de cocote llevada a través de la plaza desierta por una vieja arrebozada en manto. La catedral se erguía alta y siniestra, los campanarios alzados como negros dedos. En la mañana había oído la misa que el cura dijo a unos escasos fieles. El esperaba que las letanías, las velas y el incienso y su procesión bendita ante todos los santos de la iglesia atenuarían el entusiasmo de los indios por su festival. Se negaba a comprender que los ritos de Tepozteco tenían más vitalidad para esa gente que todas las ceremonias de la claudicante españoles.

Cuando los españoles llegaron por estos lados, se irritaron ante la estatua de Tepozteco. Una delegación de católicos se reunió con el rey indio y sus sacerdotes en el lugar. Los católicos sostenían que aquello no era de ningún modo un dios «Dejadla caer sobre las rocas y la veréis romperse.» +Tiene poder un dios si puede ser lanzado sobre una roca y romperse? Los indios, que sostenían que a las imágenes católicas les ocurriría lo mismo en la prueba, tuvieron que acceder. Pero ellos sabían que Tepozteco era tan poderoso como la montaña misma y que castigaría a sus redadores. A despecho de las protestas, el monolito fue removido de su asiento y arrojado rebotando al escarpado abismo. Pero Tepozteco no se quebró. Llegó sano y salvo a la planicie del caserío.

Los católicos lo partieron entonces en cuatro, usando cada parte como piedra sillar en las esquinas de su catedral. Tepozteco no tardó en vengar este insulto. Por varios días se le pudo ver inflamado de cólera en las nubes. Tan pronto como una serpiente, como un tigre, por fin, como hombre. Su triple forma. Blancos gusanos plagaron el maíz. La sequía posó su mano flaca y febril en el valle. Las cosechas se perdieron. Y la Iglesia se vio obligada a admitir que Tepozteco fuera celebrado el mismo día que la Virgen.

El Cristo doliente y la santa Virgen del altar se ven hoy abandonados. En la plaza inundada por la lluvia está todo el pueblo, con los ojos fijos en el tablado donde va a representarse el drama de Tepozteco. La lluvia cesa y principia el espectáculo.

Un indio muy alto hace de Tepozteco. Seguido de otros indios, todos armados de flechas y batiendo sus tambores, suben al pabellón. Los cintajos rojos y verdes bailan en el viento y cogen disparos de luz. Este pabellón es el Cerro que se ha traído a la plaza. El trono del dios, su fortaleza y su templo. Una vez más Tepozteco es enfronzado, a la vista de sus fieles. Los guerreros de las siete ciudades vasallas, montando caballos provistos de campanillas, se vuelven en la obscuridad, gritando sus insultos y golpeando con machetes de cobre los pilares de la plataforma, como antes golpearon la base del monolito. El dios y sus guardianes los corren con flechas encendidas y palabras sarcásticas mientras las águilas de Tepozteco se abaten sobre ellos con garras y picos. El tumulto de la caballería enemiga se pierden en las calles lejanas.

El victorioso Tepozteco y su corte zapean la más furiosa danza en el piso bamboleante, al ruido ensordecedor de los tambores, que hayan bailado desde los tiempos en que Cortés llegó a estas playas en sus aladas carabelas. Los danzantes se detienen. Sus túnicas escarlatas brillan al resplandor de los braseros de bronce. Los rostros oscuros llamean victoriosos.

El espectáculo del pabellón se ha hundido en el escenario más vasto del contorno. Los últimos fulgores de los relámpagos alumbran las montañas; la lluvia gotea de los tejados; la alta catedral erguida, siniestra, se alza a nuestras espaldas; y los hombres, heridos y hostigados por años de revolución, siguen rígidos, solemnes, silenciosos, rompiendo a veces la quietud con algún comentario furtivo...

Tepoztlán no es otro ciudad. Es una provincia con un alma bien templada, con un pasado forjado al rojo, moldeado con heroica belleza. Aquí, entre estas montañas ásperas, rudas, ensombrecedoras, en este valle exuberante como una explosión de verdura en la hendidura de la roca, mirando hacia Cuautla, a través de sus puertas ciclópeas de piedra, la ciudad incuba sus leyendas, sus tradiciones y su historia. Los indios, calzados de sandalias, permanecen quietos o se deslizan silenciosamente. La vida fluye tranquila, contenida, suficiente.

La gente sueña, trabaja y se divierte. Se dejan vivir sencillamente, cumpliendo sus destinos sin prisas, levantándose sus casas de adobes, sembrando su maíz, atrapando la fruta con largas rameras de bambú, combatiendo sus enfermedades, criando sus niños y contándole extrañas y bellas historias. Y cuando se sienten enfermos del alma o del cuerpo, los curanderos les frota las piernas con huevos milagrosos, les friccionan el cuerpo con menta y otra yerba olorosa y los mandan a reposar la cabeza sobre las yerbas y las piedras de lejanos cerros y se mejoran y vuelven a cultivar sus huertos y cuidar sus ganados.

En los huertos apacibles, perfumados de chirimoyas y duraznos, bajo las umbrosas ramadas, en las cercas de quiscos, en los amplios panoramas de viñas y plantíos, hay listas de sol y de sombra: el sol y la sombra que alternan en el poderoso escenario en que habitan. La vida fácil y pintoresca, la som-

bra de la cultura extranjera que altera su armonía interior y lucha duramente por imponerse. ¡Y las heridas abiertas por la revolución! ¡Y las prosaicas notas del modernismo! Estos factores están ocultos aún, pero, poco a poco, la estoica y rígida independencia de los habitantes se va perdiendo. En la copa serena de sus vidas apacibles fermentan los elementos que hacen cambiar al mundo de hoy. Ellos sienten sutilmente, inconscientemente el choque de estas influencias contradictorias. Pero poco comprenden que son los juguetes de fuerzas superiores, fuerzas que los arrojan a su turno en ese saco inmenso que el Destino lleva a su espalda para sembrar la gran llanura de las épocas futuras.

¡Tepoztlán! ¿Serás siempre tan confiada y serena, tan valerosamente bella dentro de unos cien años? Si leo bien en vuestro destino, amarás para siempre tus tradiciones y tu lealtad. Porque a la sombra de estas titánicas montañas, en este imperio parapetado en su anfiteatro de rocas, en la cálida profusión lujurante de los meses lluviosos, en el resplandor de las tempestades que conmueven la tierra, en la diaphanidad de los días claros, sólo puede subsistir un pueblo orgulloso, valiente y amante de la naturaleza. El indianismo se ha adaptado aquí a su épica tradición. Las águilas de Tepozteco bajan aún de El Cerro en alas de los truenos, y las viejas leyendas se repiten en voz baja en las cavernas roqueñas o bajo los tejados rojos por un pueblo cuya persistencia se ha ennoblecido en la sencillez.

Las viejas iglesias se derrumban; las calabazas cubren con sus anchas hojas las maderas quemadas; el espíritu del viento hace sonar los techos de calamina; los chivos levantan sus estandartes rojos para aplacar dioses extranjeros; los picachos envueltos en nubes fulminan sus rayos, pero Tepozteco sigue inmovible sobre los viejos contra fuertes de sus montañas, escuchando la bienvenida de los tambores de su pueblo.

